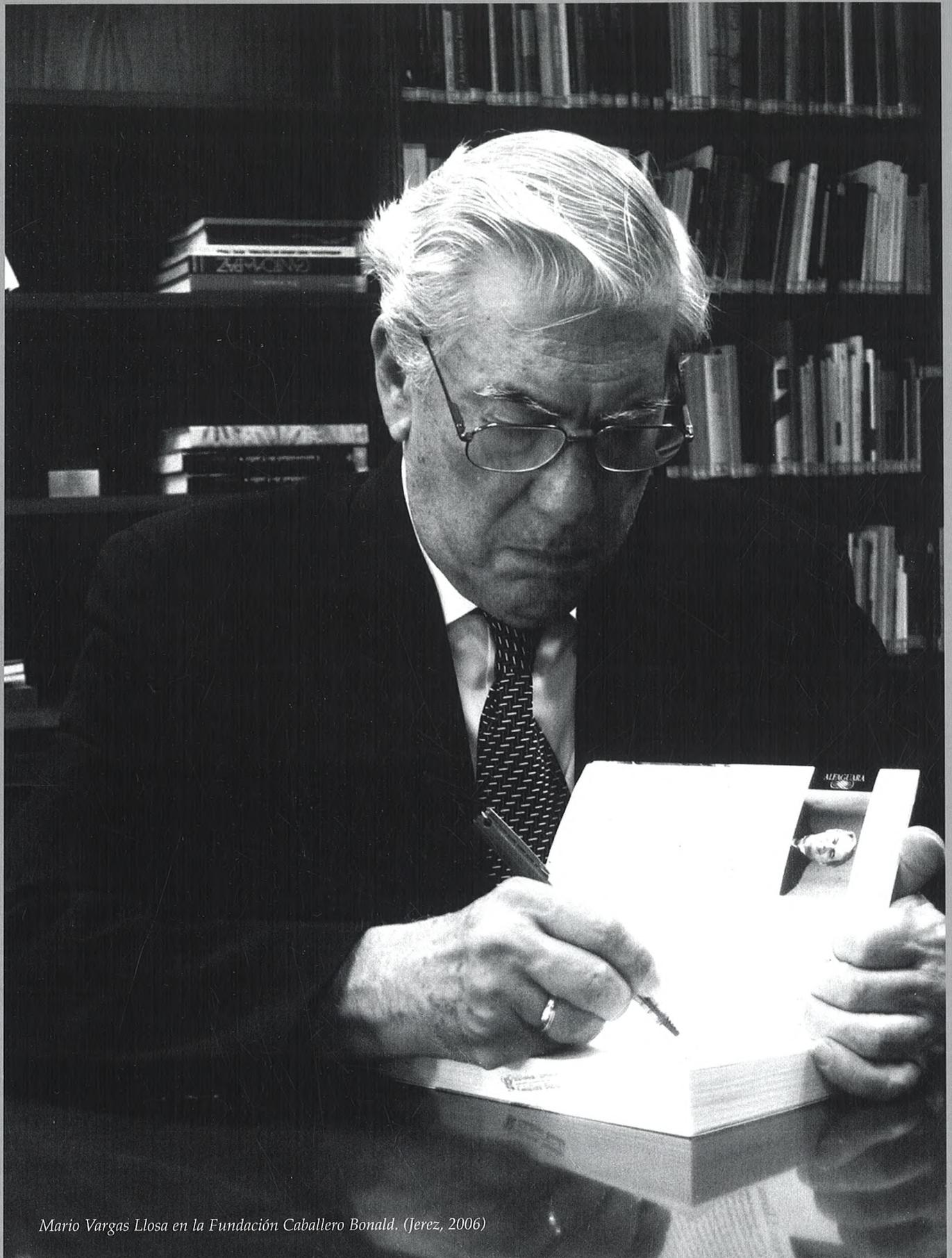


* Sabas Martín

Juan Carlos Onetti. Foto de Jesse A. Fernández.

EL VIAJE A LA FICCIÓN: **Onetti** SEGÚN VARGAS LLOSA



Mario Vargas Llosa en la Fundación Caballero Bonald. (Jerez, 2006)

¿En qué momento la especie humana dejó atrás su animalidad primitiva para convertirse en lo que, con el paso del tiempo, ha llegado a ser? ¿Cuál fue la verdadera partida de nacimiento de su condición? Para Mario Vargas Llosa* no hay duda: ocurrió con la aparición del lenguaje, si bien esa “aparición” no fue un hecho súbito, sino la acumulación de milagrosos instantes sucesivos que transcurrieron a lo largo de siglos. Entonces la inteligencia reemplazó al instinto y se convirtió en el instrumento principal para entender y conocer el mundo, a los demás, y a sí mismo. Y, desde entonces, por ser seres hablantes, el género humano lo conforman criaturas pensantes. Ese fue el primer paso para acceder a la civilización. Faltaba aún otro paso para que la civilización fuera cierta. Y ese paso sucede cuando, alrededor de un fuego en una caverna o en un claro del bosque, aquellos hombres y mujeres primitivos atienden embelesados a alguien que sueña y comunica sus sueños a los demás mediante historias que les cuenta. Fue así como nuestros antepasados primeros pudieron dejar volar su imaginación y fueron capaces de vivir “otra” vida, diferente a la que configuraba su precaria existencia, dominada por una realidad insatisfactoria. Esa ceremonia originaria de contar historias afirmó la naturaleza humana y lo hizo de la manera más genuina, posibilitando de esta forma el nacimiento de la cultura y el largo camino de la civilización. Aquel instante remoto hizo –en palabras del propio Vargas Llosa tomadas de su espléndido Prefacio a *El viaje a la ficción*- que el ser humano pudiera “salir de sí mismo

* Mario Vargas Llosa

El viaje a la ficción. El mundo de Juan Carlos Onetti

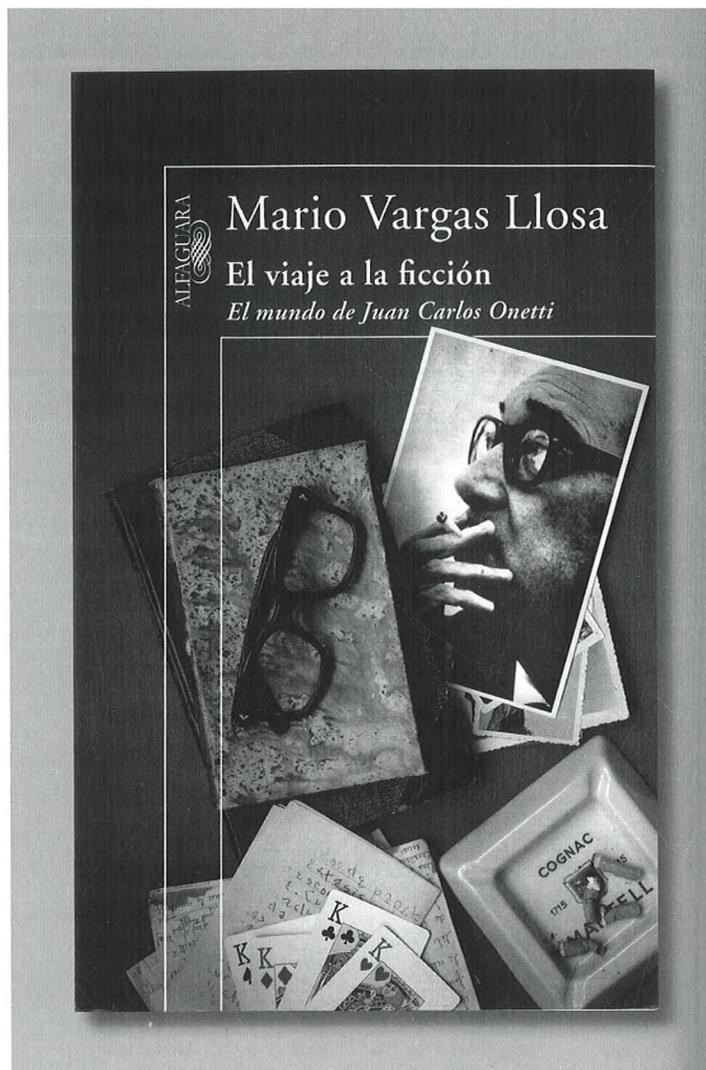
(Premio Internacional de Ensayo “Caballero Bonald” 2008)

Alfaguara, Madrid, 2008

y de la vida tal como es mediante un movimiento de la fantasía para vivir por unos minutos o unas horas un sucedáneo de la realidad real, esa que no escogemos, la que nos es impuesta fatalmente por la razón del nacimiento y las circunstancias, una vida que tarde o temprano sentimos como una servidumbre y una prisión de la que quisiéramos escapar". La escritura, luego, otorgó a las ficciones la estabilidad y permanencia necesarias que no otorgaban la oralidad. La ficción, pues, el arte de contar y escribir historias se contraponen a la vida real. Y se convierte en un instrumento subvertidor de las insatisfacciones de la realidad. Surge entonces la gran dicotomía: lo que somos, que es lo que nos permite la realidad, y lo que podemos ser por las mágicas ensañaciones de la palabra convertida en literatura.

Esta es la tesis de fondo que domina en *El viaje a la ficción*, un título que en absoluto lo es en vano. Una tesis que, como ya hiciera Vargas

Llosa en sus lúcidos ensayos sobre García Márquez, Flaubert, Víctor Hugo o la novela moderna, entre otros, aplica al análisis de la obra narrativa de Juan Carlos Onetti (1909-1994), ese irreplicable creador de ficciones, zapador en los adentros más oscuros de la condición humana, e inventor del territorio mítico de Santa María. El subtítulo del libro: *El mundo de Juan Carlos Onetti*, anuncia su propósito, y su gestación surgió en un curso universitario impartido por Vargas Llosa en el semestre de otoño de 2006 en la Georgetown University. El esfuerzo crítico de esta nueva obra ensayística del autor de *La ciudad y los perros* ha sido merecedora del Premio Internacional de Ensayo "Caballero Bonald" en 2009, año en que se celebró el centenario del nacimiento del escritor uruguayo. El jurado ha destacado que *El*



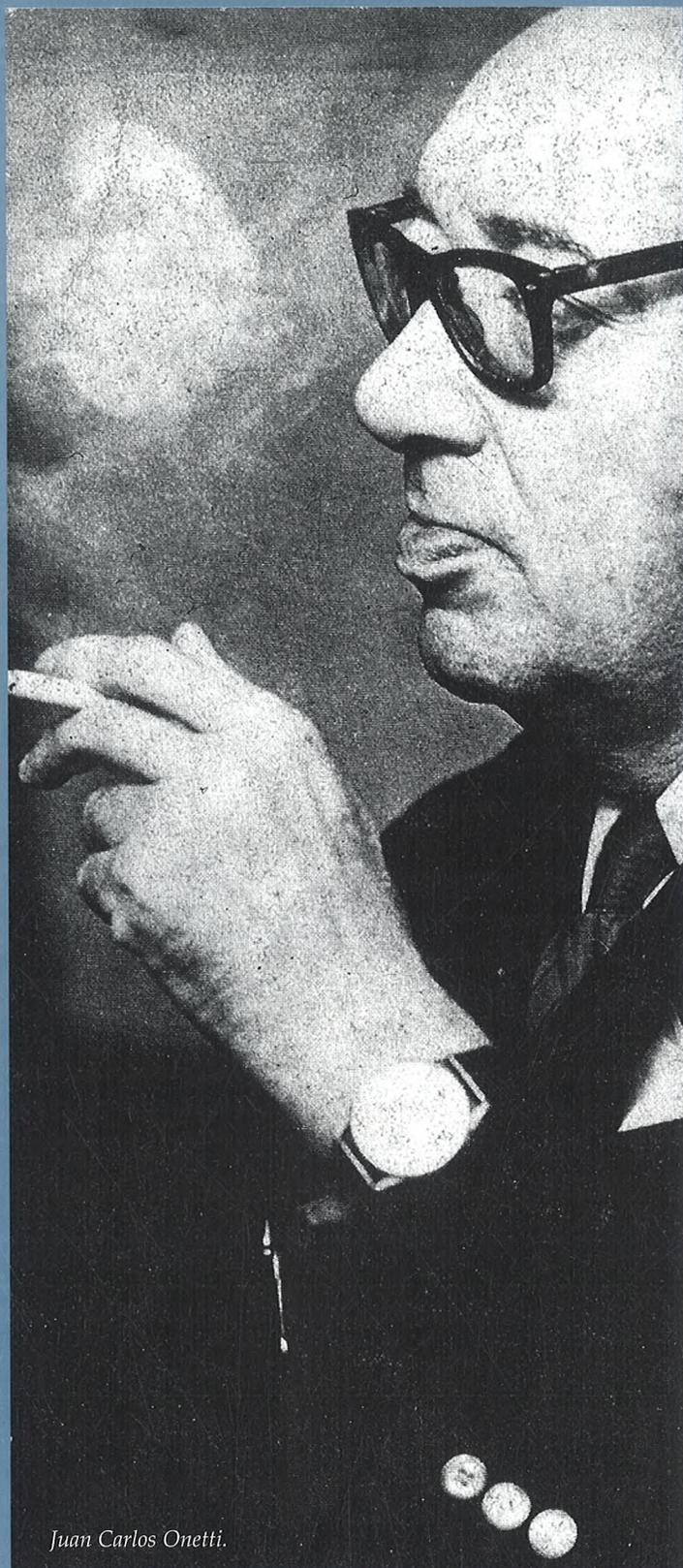
viaje a la ficción es un elaborado estudio sobre la obra de uno de los más relevantes autores en español del siglo XX, en donde recrea, como si de una narración se tratase, el complejo e inquietante mundo literario de Onetti, en un ejercicio literario de gran intensidad crítica.

Ciertamente, escrito con un agudo y exhaustivo rigor, con brillantez y con una sorprendente amenidad, a la que no es ajena, sin duda, la sabiduría narrativa del Vargas Llosa novelista, *El viaje a la ficción* ahonda en el universo de los cuentos y novelas de Onetti, y lo hace penetrando lúcidamente en la caracteriología de sus personajes, en los mimbres de su escritura, en su estilo "crapuloso", en sus afinidades e influencias, en los reflejos sociales y políticos que dimanan de algunas de sus obras y, como no podía ser menos, adentrándose igualmente en las claves de ese espacio, parábola de la existencia, que es el territorio de Santa María. Y, aún más allá de lo estrictamente literario, Vargas Llosa va configurando a lo largo de su ensayo una semblanza del Juan Carlos Onetti individuo, retratando con precisión, eficacia y clarividencia el carácter hosco y huraño, insobornable y radicalmente independiente, de alguien que supo rescatar, como pocos, una parte oscura del ser humano desde su visión pesimista y negativa del ser y del mundo. Esa mirada negra, desesperanzada y atroz, según Vargas Llosa, que caracteriza el universo narrativo onettiano, es apenas el espejo en que se reconoce a un ser desvalido ante la vida, vulnerable y tímido, pero dotado de una singular inteligencia y una gran cultura literaria. Para Onetti, su manera de escribir era su forma de vivir. Y su deliberado apartamiento del mundo, ajeno e indiferente a modas y modos del prestigio y el éxito, constituye una metáfora de lo que para el escritor uruguayo significaba la literatura. O, en expresión de Vargas Llosa, "lo que Onetti no podía ser en la vida, lo era en la literatura". Y así encontramos rotundamente justificada la idea matriz que recorre *El viaje a la ficción*. Para el escritor hispano-peruano los novelistas son los herederos de aquellos primeros contadores de cuentos que enriquecieron con su fantasía la vida de los otros, y la obra de Onetti se alza desde esa convicción y sobre ese motivo: hombres y mujeres frustrados por la realidad que huyen de ella a través de la ficción. Así es y así se cumple en el creador de *La vida breve*, *El astillero* o *Juntacadáveres*.

En alguna ocasión el propio Onetti declaró que su literatura sólo pretendía expresar la aventura del hombre. Vargas Llosa, novela a novela y a través de los relatos más significativos que complementan el orbe narrativo de Onetti, analiza cómo se traduce en escritura ese afán onettiano de expresar la aventura humana. Vargas Llosa ahonda en el cómo, de qué manera, con qué recursos, Onetti ha ido creando un mundo cerrado y personal donde la recurrencia de temas, personajes

y lugares han configurado un ciclo literario de sombría belleza, de una desolada poesía, en donde subyace una desesperanzada alegoría de la condición humana. Y, en esa universalización del dolor y la insatisfacción individual, cómo Onetti va difuminando las fronteras entre realidad y ficción para, en la ficción, vivir con plenitud lo que niega la existencia cotidiana.

Los ecos de Joyce, Dos Passos, Faulkner, Céline, o Borges, están presentes en la configuración de ese universo –universo que en Santa María se cifra y se resume-, y por donde Onetti hace circular las frustraciones, los odios, los desamores y las miserias de sus protagonistas. Vargas Llosa subraya que los personajes de Onetti suelen ser fracasados, frustrados, gente que tiene ambiciones mediocres o irrisorias. Son seres que han perdido la inocencia, que están condenados y caminan al borde del abismo y la desesperación. La frustración, el alcohol, el fracaso, el suicidio, el deterioro... son compañeros inherentes de sus vidas



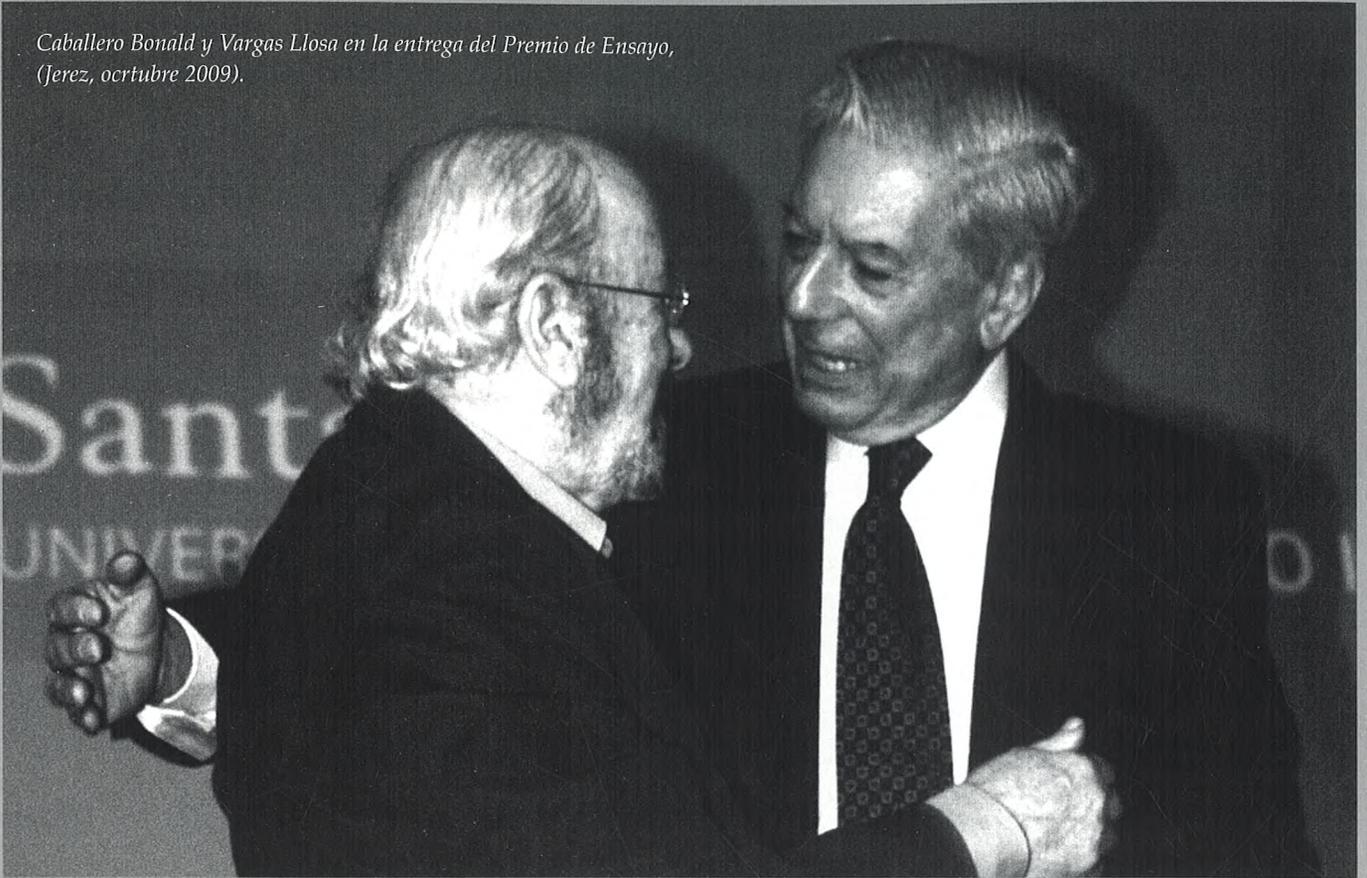
Juan Carlos Onetti.

grises y vacías. Unos personajes que hacen que en su literatura sintamos lo que llamamos el mal, una voluntad despectiva, una falta de solidaridad, de conmisericordia con el prójimo, una necesidad de destruir, ensuciar, envilecer aquello que no es vil ni sucio o que representa una forma de generosidad y pureza. Sólo así se explica la concepción onettiana de la vida como destino de “desgracia”, tan presente en *El astillero*, por ejemplo. Y, apostilla Vargas Llosa, que, si como dice el tango, la vida es una porquería, “es natural que los personajes de Onetti prefieran a la real la vida imaginaria y que, para no suicidarse, jueguen a los disfraces, al juego de las mentiras que es la ficción”.

Es por eso que, a diferencia de los pobladores del Yoknapatawpha faulkneriano, los que pululan por Santa María saben, o presienten, que son espejismos, creaciones de la fantasía, y es por eso que actúan y sienten como seres hechizados, como presencias sonámbulas marcadas por la irrealidad. De difusa localización, aunque con referentes rastreables de espacios concretos, los perfiles y la cronología de Santa María son cambiantes y difusos. Es, en realidad, una geografía moral que adopta la forma de un lejano puerto fluvial. Es un lugar en el que la esperanza se ha esfumado y donde las gentes se sumen en su mediocridad. Santa María es apenas un ambiente, la plasmación del infierno, un escenario ambiguo por donde deambulan criaturas que ansían vivir en la ficción lo que no pueden experimentar en el espacio de derrotas cotidianas que constituye la realidad que viven, soportan o padecen. Es también el sitio donde la ficción invade la realidad, la coloniza y la subvierte.

Para concretar ese universo a través de la escritura, Vargas Llosa incide en el empeño de Onetti en crear un estilo que el ensayista denomina “crapuloso” -con Céline al fondo-, y que aparece como “la carta de presentación de un escritor que, frente a sus personajes y a sus lectores, se comporta como un crápula”. Dejando al margen las críticas de autores como Anderson Imbert o Luis Harris, que han reprochado en algunas novelas de Onetti una cierta indisciplina, dejadez, displicencia, retórica o farragosidad verbal -y a los que Vargas Llosa alude-, el hispano-peruano afirma que el estilo de Onetti no es incorrecto, pero sí inusitado, intrincado, infrecuente. Un estilo a veces neblinoso y vago mediante lo que se cuenta es la misma incertidumbre que designa y domina sus palabras. Pero lo que lo singulariza es ese carácter crápula y cuyas características son casi todas negativas. Esto es: que el narrador insulte o lance diatribas a sus personajes y que provoque al lector utilizando imágenes sucias y vulgares, muchas de ellas relacionadas con la menstruación y lo excrementicio. Sin embargo, Vargas Llosa sostiene que ese lenguaje es ingrediente principal del “elemento añadido” por la ficción al mundo real. Y que

Caballero Bonald y Vargas Llosa en la entrega del Premio de Ensayo, (Jerez, octubre 2009).



en su creación el escritor se salva y se redime a la vez porque el mundo de Onetti, sin ese estilo, sería irresistible por su pesimismo y negatividad.

En la narrativa de Onetti el pesimismo actúa como una segunda naturaleza del mundo, cierto. Pero es una narrativa existencial, que surge de lo individual, y que deriva hacia una novela interior enclavada en un contexto urbano. Sin embargo, algunos autores han intentado relacionar alguna de sus obras con la decadencia del Uruguay. Es sabido que cuando apareció la edición inglesa de *El astillero*, Onetti declaró, al leer la crítica de David Gallagher, que en absoluto había en su relato ninguna alegoría de ninguna decadencia. Y que no le interesaban las novelas de contenido social. Vargas Llosa se detiene en la posible polémica sobre las resonancias sociales en el mundo narrativo onettiano para afirmar que, efectivamente, las obras literarias son “también” testimonios históricos y sociales,

aunque no “únicamente”. Lo son de una forma indirecta, sutil y contradictoria, en tanto que el autor está inmerso en un tiempo histórico concreto y sujeto a los avatares sociales, políticos y económicos de su época. En el caso de Onetti, especialmente en sus últimas obras publicadas antes de su exilio madrileño en 1975, es cierto que la decadencia del Uruguay, con los años finales de la bonanza económica y el derrumbe de la que parecía la más estable y la más democrática sociedad latinoamericana, pudieran inducir a pensar que su pesimismo tuviera como referente esa situación, y que quisiera retratarla en su narrativa. Sin embargo no hubo voluntad deliberada del escritor uruguayo de hacerlo. Y ello es así, además de por las mantenidas manifestaciones de Onetti al respecto, porque, como puntualiza Vargas Llosa, “lo realmente literario de una obra no es lo que ésta refleja de la realidad, sino lo que le añade –quitándole o agregándole– en la ficción”. Por eso, más que una explicación racional e histórica, en la obra de Onetti hay que acudir a una justificación metafísica, a su acérrima concepción del ser humano como una criatura condenada a la descomposición y la frustración. A ello, y a la implacable y terrible lucidez de su escritura.

Estos, entre otros varios aspectos, son los motivos que desarrolla Vargas Llosa en su aproximación al mundo de Onetti. Reconoce en él la extrema creación de un universo literario personalísimo y original, de un ensimismado lirismo, que es desesperanzada parábola de la especie humana. Un mundo donde no hay maniqueísmo alguno y donde el bien y el mal se entrelazan en el interior de cada personaje, condenados esos personajes a luchar en busca de una salvación imposible. En la esencial precariedad de la naturaleza del ser, en la fundamental ambigüedad de la existencia –viene a decirnos Onetti– nadie hay que sea absolutamente malo. De ahí, pese a todo, su amor desolado, su tremenda poesía subyacente. Porque como, entre otros, señalaron en su día Rafael Conte o Luis Rosales, Onetti lima las fronteras entre lírica y narrativa. La suya es una poesía de desasosiego, subterránea, oscura, estremecedora, como la que en otros territorios literarios memorables pueda ser la de Juan Rulfo. La obra de Onetti es un lamento continuado y –según afirmó Conte– morirá cuando los hombres hayan dejado de sufrir; esto es: nunca.

Para Vargas Llosa, Onetti es ejemplo de un escritor que consagró la vida entera a elaborar un universo narrativo en el que la posibilidad de escape hacia lo imaginario fuese la carta credencial que identificase y justificase su empeño. Ese es el eje, el anclaje, los cimientos que sustentan su escritura. Esos los componentes que le otorgan su coherencia. A fin de cuentas, no otra cosa hizo Cervantes en *El Quijote* cuando su caballero se aparta del mundo real, lo niega y sobrepasa, para vivir con plenitud en los espejismos de la ficción. Es verdad que, a diferencia de

Balzac, por ejemplo, el mundo de Onetti no surge como fruto de una planificación deliberada. En Onetti es el resultado –según subraya el autor de *La casa verde*– de “la audaz intuición de un creador que, desde los albores de su carrera literaria, supo hacer de sus carencias una virtud y convirtió sus limitaciones en una manera original de ver el mundo, de rehacerlo y sustituirlo por otro, literario, de fantasía y de palabras”.

Ya desde *El pozo* Juan Carlos Onetti se perfila como el primer novelista en lengua española que abrió nuevas sendas para acabar con un por entonces agotado realismo naturalista. Y fue el primero en utilizar un lenguaje propio, actual y funcional, donde se dan cita técnicas de vanguardia como el monólogo interior, los cambios de narrador o los juegos con el tiempo. Todo ello, escribiendo desde la autenticidad que implica la necesidad de ser en y por la palabra. En este sentido, es conocida la anécdota de cuando Onetti y Vargas Llosa coincidieron en un viaje por EEUU. Vargas Llosa la recuerda en *El viaje a la ficción*. Ante una botella de whisky en un bar de San Francisco, el autor de *El infierno tan temido* se “espantó” cuando, al confrontar sus métodos de trabajo, Vargas Llosa le explicó que él escribía de forma metódica y disciplinada, casi como un oficinista. Onetti, por su parte, lo hacía sólo cuando sentía necesidad, en cualquier parte, sobre cualquier trozo de papel, y a veces pasaba largas temporadas en blanco. Entonces fue cuando Onetti le dijo: “lo que pasa es que tú tienes relaciones conyugales con la literatura y yo tengo unas relaciones adúlteras”. De esa manera, afrontando la escritura con la pasión, el riesgo y la incertidumbre de quien se entrega a una amante, no con las obligaciones y servidumbres rutinarias que se deben a una esposa, ha surgido uno de los mundos narrativos más excepcionales de nuestro tiempo.

En Onetti se nos revela de forma inexorable y fatal ese rostro oscuro del ser humano que tendemos a negar, por más que sepamos por experiencia que eso forma parte de lo que somos. Como se ejemplifica en el caso de Larsen, el resto de las criaturas onettianas deambulan por lo general en un mundo que no es fantástico ni realista, sino que participa de ambas naturalezas a la vez. Y eso, según explica Vargas Llosa, es uno de los rasgos más inusitados de su literatura en donde se pasa continuamente de una a otra frontera, de la vida vivida a la vida soñada. Al igual que sus personajes, Onetti ha vivido, vive, en la posibilidad de traspasar la existencia real a través de los mundos soñados por la imaginación. Ese ha sido su viaje. Un viaje desde la autenticidad, desde la literatura asumida como insoportable necesidad interior. Un viaje en el que, como en cierta ocasión el propio Onetti dijera, pretendía, nada más, pero también nada menos, que por una vez las palabras sean más poderosas que los hechos.